



Al aparecerse á la vista de los españoles, salían de entre los árboles, y balanceándose en las orillas de los arroyuelos, parecían ninfas y driadas.

La comitiva se detuvo en una gran plaza.

En ella estaba el campestre palacio de la reina.

Las vírgenes que cantaban los arcitos llegaron adonde se hallaba Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, le ofrecieron los ramos de palmas que llevaban en su diestra.

Poco despues, conducida en una litera formada con ramas y flores, se presentó Anacaona, la que saludó graciosamente al adelantado, conduciéndole de la mano hasta su morada.

Allí estaba preparado un gran banquete para obsequiar á los españoles, y allí por la primera vez, segun cuenta la historia, se resolvieron los españoles á comer el guanaco, manjar favorito de los indios, que hasta entonces habian mirado con aversion, pareciéndoles tan sabroso que en lo sucesivo ocupó uno de los primeros puestos en su mesa (U).

Terminado el banquete, ofreció Anacaona á Bartolomé Colon y á Hernando de Guevara blandas amacas de algodón para que descansaran.

Los demás españoles se hospendaron en las casas de los indios, donde recibieron igual ofrenda.

Por lo que pudiera suceder, habia dispuesto Colon que la mitad de sus soldados velasen mientras la otra mitad dormian.

Anacaona preguntó á Bartolomé si eran ciertas las noticias que le habia dado Hernando de Guevara,

y al verlas confirmadas experimentó una inmensa alegría.

Para festejar la venida de los extranjeros dispuso ofrecerles el espectáculo de un simulacro.

Dió á Guaorocaya las órdenes oportunas, y al día siguiente, en la gran plaza de su palacio, se presentaron á combatir dos cuadrillas de indios armados con arcos y flechas.

Se trataba de una escaramuza militar para distraer á los extranjeros; pero al combatir en su presencia se entusiasmaron tanto los indios, que abandonando poco á poco la ficción por la realidad, llegaron á pelear como si fueran enemigos.

Cuatro quedaron muertos en el campo, hubo muchos fuera de combate, y no perecieron todos, porque el adelantado y muchos de los españoles que le acompañaban pidieron que cesase la pelea.

Aquel día, mientras los caciques obsequiaban particularmente en su casa á los soldados de Bartolomé, éste conversaba á solas con Guaorocaya y Anacaona.

Hernando aprovechó los momentos para hablar de su amor á Higuanamota.

La idea de que Caonabo estaba en España despertó una viva curiosidad, un interés vehemente en los monarcas indios, por saber qué nación era aquella que enviaba á través de la inmensidad de los mares á remotos países barcos monstruosos con valientes guerreros, cubiertos de metales relucientes que les preservaba de la muerte, y Bartolomé aprovechó

aquella curiosidad para hacer á los indios una pomposa descripción de la magnificencia de los soberanos que hasta allí les habían enviado.

Oíanle embebecidos Guaorocaya y Anacaona.

Las descripciones de los palacios, de los templos, de las ciudades que poseían los monarcas de España, la reseña de las batallas que reñían sus ejércitos, de los encuentros en que tomaban parte sus más nobles guerreros, todo aquello les parecía fantástico y Anacaona se deleitaba, particularmente pensando el mágico efecto que la realidad produciría en el ánimo de su esposo Caonabo.

—¿Por qué,—le preguntó,—por qué siendo tan poderosos vuestros reyes han querido venir hasta nuestras humildes ciudades, para dominarnos é imponernos la guerra primero, el tributo despues?

—Porque vosotros poseéis con abundancia lo que allí falta, el oro; pero no quieren arrebatároslo. Vosotros no le dais aquí valor alguno; las entrañas de vuestras sierras atesoran ese rico metal, cuyas partículas arrastran vuestros rios. Pero aun cuando no se os hace daño alguno despojándoos del oro, como nuestros reyes son generosos y magnánimos, desean daros por vuestro oro lo que no teneis: religion, fé, civilizacion. Si el temor de perder la libertad por vuestra parte, y los abusos cometidos por algunos de los nuestros no hubieran tenido lugar, ni una gota de sangre se habria derramado. Nosotros os hubiéramos protegido de vuestros enemigos los caribes, os hubiéramos brindado los beneficios que hoy ofrecen los

reyes á Caonabo, y la felicidad reinaria en la isla. Para que no se turbe más el sosiego, para que no tengamos necesidad de emplear la fuerza con vosotros, he venido á pedir os amistad.

—¿Y á qué precio?—preguntó Guaorocaya.

—Ya lo he dicho: pagad como vuestros hermanos á la Corona de Castilla el tributo, y en cambio yo os pongo desde ahora bajo la proteccion de mis reyes.

Una triste mirada dirigió Guaorocaya á Anacaona.

No pronunció una palabra.

Pero la reina pudo leer en él esta frase: «No me habia equivocado: á nuestros hermanos los han sometido á la fuerza; con nosotros han empleado la astucia.»

—De buen grado,—repuso Anacaona,—os daríamos oro; pero en nuestros dominios no existe ese metal. Nuestros campos son fértiles; riéganlos cristalinos arroyos, y es en ellos eterna la primavera; las plantas nos ofrecen el sustento que necesitamos, las flores recrean nuestra vista, los pájaros con sus dulces melodías encantan nuestro oido, la brisa de la costa y el murmullo de los arroyos nos adormecen, criase lozano y abundante el algodón; esos árboles que con tanto afán buscáis,—añadió aludiendo al palo del Brasil,—llenan con sus ramas la mayor parte de la superficie de mis estados. Pero en todos ellos no hallareis una sola partícula de oro.

—¿Y habeis pensado,—dijo Bartolomé,—que es

tanta la crueldad de los monarcas de Castilla que os exigirán oro cuando sepan que no lo poseeis? Den oro á aquellos que lo tienen á la mano, aquellos que para nada lo necesitan. Vosotros recoged cáñamo, algodón, pan de cazabe; pagad con eso vuestro tributo, y será á los ojos de los reyes tan meritorio como los que mayor cantidad de oro les proporcionen.

Esta declaracion alejó de la frente de Anacaona la nube de tristeza que la creencia de tener que pagar el tributo en oro habia formado.

—En ese caso,—dijo,—cuenta tambien con nuestro tributo. Asimismo daré orden á todos mis caciques para que al terminarse el plazo te ofrezcan el tributo que nos exigis amistosamente.

A partir de aquel momento, las negociaciones de Bartolomé habian terminado.

La política aconsejada por su hermano Cristobal empezaba á dar frutos.

¡Ah! Si todos sus agentes hubieran sido como Bartolomé, acaso no se hubiera derramado en las vírgenes llanuras del Nuevo Mundo la sangre de sus habitantes, y aquella sangre no habria regado las semillas de la venganza, que aún hoy fructifican.

Despidiéndose de Anacaona, resolvió volver con su ejército á la Isabela.

Hernando estrechó más y más los vínculos que le unian á Higuamota.

—Seré tuyo hasta la muerte,—le dijo.

La jóven india estaba segura de su juramento.

—¡Que Vagoniana bendiga á los españoles!—exclamó Anacaona, viéndolos partir y olvidando los poderosos motivos que tenia para odiarlos.

—¡Ay de nosotros! ¡Ay de nuestra raza!—murmuró Guarocaya, retirándose triste y abatido á su palacio, que ya le parecia una tumba.

Capítulo XLV.

Mayabonex.

En la colonia encontró Bartolomé el reverso de la medalla.

Volvia muy satisfecho por el triunfo que acababa de obtener su diplomacia; pero al llegar á la Isabela, la escasez de víveres por una parte, y por otra las maquinaciones de sus adversarios, le hicieron olvidar su triunfo para entregarse á la desesperacion.

Pocos eran los que no se hallaban enfermos, y estos pocos se lamentaban de la escasez de víveres.

Los que yacian postrados en el lecho reclamaban á toda prisa medicinas.

Muchos de los colonos, ó por pereza ó por enfermedad, habian dejado de cultivar los campos, y la